

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 2: INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS BIENAVENTURANZAS



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
- 2. Introducción general a las bienaventuranzas**
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

2 LECCIÓN

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS BIENAVENTURANZAS

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2:

Queridos amigos, bienvenidos a la segunda lección basada en Mateo 5 versículos 2 al 12, comúnmente conocido como las bienaventuranzas de Jesús. Que Dios nos capacite y nos bendiga al examinar juntos su Palabra allí en Mateo.

Jesús es el principal de todos los profetas. Yo lo llamaré el Maestro por excelencia, no solo con respecto al contenido de lo que Él enseña, sino también por sus métodos; como enseña. Al recorrer las enseñanzas de Jesús en la Biblia, notarás que a Él le encanta enseñar usando contrastes sorprendentes; a menudo pone lo blanco contra lo negro, o el bien frente al mal. Vemos eso también en esta Escritura asombrosa de las bienaventuranzas. Hay algunos contrastes impresionantes que normalmente no pondríamos juntos.

¿Quién de ustedes llamaría a alguien bienaventurado? La palabra «bienaventurado» que encontramos en estas bienaventuranzas, y que está al comienzo de cada frase, significa «supremamente feliz». ¿Llamarías bienaventurado a alguien que es pobre? ¿O a alguien triste, que llora? ¿O a alguien que tiene hambre (la palabra indica hambre extrema)? ¿No llamaríamos bienaventurados más bien a los que son ricos y están bien alimentados, o a los que ríen y se encuentran en una buena situación? Ese es, entonces, un contraste sorprendente en las bienaventuranzas.

El segundo aspecto asombroso de estas bienaventuranzas no es solo el contraste, sino que Jesús sabe cómo decir algo muy profundo de una manera muy sencilla. Lo que Jesús logró en su enseñanza de las bienaventuranzas es realmente inigualable, pues ha unido en estas siete declaraciones a todo su pueblo, disperso a lo largo de todas las edades de la historia del mundo, de todas las culturas, en uno solo—una sola imagen. A pesar de que hay una diversidad enorme

entre todos ellos, Él es capaz de unirlos en estas siete declaraciones, identificando a su pueblo por sus aspectos esenciales.

Jesús tiene innumerables seguidores a lo largo de todas las edades, y son increíblemente diversos. Basta con pensar en cuán diferentes son los antiguos esquimales, dedicados a la caza y a la pesca, en comparación con la moderna Generación Z con toda su tecnología e ingenio. Es decir, ¿cuán diferentes no son? Muchos de los seguidores de Jesús ni siquiera saber leer o escribir bien, pero otros de sus seguidores están escribiendo libros, desarrollando softwares, son doctores con doctorados y están inventando cohetes. Y sin embargo, Jesús es capaz de describir el común denominador de todo el pueblo de su reino, entre toda esa diversidad, en un solo conjunto de siete declaraciones que los describen tal como son.

Aun si el mundo durara otros 6,000 años, o 10,000 años más, y aunque nuestra tecnología avanzara más allá de lo que hoy creemos posible, las bienaventuranzas no necesitarían ser actualizadas, ni necesitarían ser ajustadas. No haría falta añadirles nada para describir el carácter de los ciudadanos del reino de Jesús y del pueblo del reino que está en camino hacia el reino de los cielos. Este fue un logro asombroso que tuvo lugar en la cima de aquel monte, mientras Él estaba allí sentado y rodeado de todos sus discípulos, enseñándoles. Él también demostró acerca de sí mismo —y este es otro aspecto asombroso de Jesús como maestro— Él demostró estar plenamente capacitado para conectar con sus oyentes a su nivel.

La mayoría de los judíos sentados alrededor de Jesucristo en ese momento en aquel monte —así como también sus propios discípulos más cercanos— eran personas llenas de expectativas equivocadas. Sus ideas del Mesías que esperaban eran equivocadas. De alguna manera estaban esperando una figura reinventada de David, que expulsara a todos los soldados romanos indeseables del país de Israel. Esa era su expectativa. Esta gente esperaba eso. Pero lo que encontraron en Jesús no coincidía con sus expectativas. Este Rabino, Jesús, que hablaba de otro reino, quien nunca llamó a una rebelión, no organizó un levantamiento armado, ni alzó su voz en modo alguno para incitar al pueblo a la acción. No, Él vino como profeta, vino a predicar. Vino a traer un mensaje.

Y no solo vino como profeta a predicar un mensaje que era inesperado, Él vino también como rey, pero no como un rey terrenal. Vino a librar a su pueblo de algo mucho peor que los romanos: el enemigo del orgullo, el enemigo del hambre de poder, el enemigo que lo destruye todo—el egoísmo, la avaricia, la ira, la incredulidad. Estas son las cosas de las que este rey vino a liberarnos. En tercer lugar, vino también como sacerdote y como sacrificio, para hacer expiación por el pecado, y ese aspecto de Cristo era totalmente ajeno a los judíos que estaban allí alrededor de Jesús.

Así que no solo sus ideas sobre el rey eran equivocadas, también sus conceptos del reino de Dios diferían enormemente de lo que Jesús enseñaba. Jesús dice en algún lugar de Lucas: Mi reino no viene con pompas ni señales externas. No se manifiesta en cosas materiales, en edificios, ni en desfiles de ejércitos y soldados. Mi reino es un cambio interno del corazón que, por supuesto, conduce a un cambio externo que se ve en una vida piadosa. Así que nada de cosas materiales, nada de organizaciones secretas, nada de socavar a los líderes políticos actuales—nada de eso en el reino de Jesús.

No, su reino fue uno de devoción personal, de amar a Dios sobre todas las cosas, y a cada prójimo —sin importar cuán poco agradable nos parezca— lo amas como a ti mismo. Así que, en el reino de Jesús, los héroes y las estrellas no son los estrategas militares. No son los

empresarios exitosos o las élites, no son los actores apuestos que pueden entretener a todos. No, no son estos. No son aquellos que se elevan por encima de los demás hombres. ¿Quiénes son entonces los ciudadanos del reino? Son la gente de las bienaventuranzas, aquellos que se inclinan en mayor baja, quienes sirven de manera callada, humilde y gozosa a sus semejantes por amor a Dios. Esa es la enseñanza del reino de Jesús.

Queda claro, por la manera en que Mateo concluye el sermón de Jesús y describe el final del mismo, que Jesús logró conectar con sus oyentes. Mateo escribe: «Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mateo 7:28–29). Literalmente, esto significa que quedaron atónitos por un momento—quedaron estupefactos. Estaban maravillados. Quedaron perplejos por lo que Jesús está enseñándonos a nosotros en el Sermón del Monte.

Tres observaciones generales de las bienaventuranzas

Ahora, antes de aproximarnos a las particularidades para examinar los detalles de Mateo 5 versículo 12, quiero ofrecer una vez más, en esta lección, una perspectiva panorámica de toda esta sección de las bienaventuranzas. Siempre es muy útil tener una visión amplia del carácter general y la estructura de un pasaje antes de analizarlo línea por línea, y a veces incluso palabra por palabra. Así que, permítanme comenzar haciendo tres observaciones generales sobre la sección que llamamos las bienaventuranzas: Mateo 5 versículo 3, comenzando con «Bienaventurados los pobres en espíritu», hasta el último, el versículo 12, en el que Jesús habla del gozo.

1. Cada bienaventuranza tiene un énfasis en nuestro ser espiritual

Cada una de estas bienaventuranzas tiene un énfasis fuerte y deliberado en nuestro ser espiritual, de allí que se hable de la actitud del ser, más que de nuestro hacer físico. Esta es una observación importante a tener en cuenta. Jesús describe al pueblo de su reino por lo que son, más que por lo que poseen o lo que logran. Es por lo que son. Noten que en ninguna de estas declaraciones Él llama la atención sobre su riqueza material, o sobre su fuerza física, o sobre su estatus social, o sobre sus posiciones de influencia en la vida. Él no hace esto. Él enfatiza la disposición interna de alguien que es pobre en espíritu, de alguien que llora, que es manso. En la enseñanza de Cristo, se trata de la actitud del ser más que de la acción del hacer, aunque, por supuesto, hay acciones que fluyen de estas actitudes internas.

Por tanto, amigos, cuando miramos este pasaje, Jesús aquí proclama un mensaje que es profundamente acultural, que es muy antinatural para nuestro pensamiento, que es completamente opuesto, y allí está el contraste con lo que nosotros esperaríamos. Uno no es bienaventurado por poseer muchas cosas, o por ser admirado por todos, o por estar en una posición de prestigio, o por tener éxito. Ninguna de esas cosas está incluida en esta lista de bienaventuranzas. En cambio, uno es bienaventurado si es una persona con esta actitud, con esta mentalidad, con este impulso interior, con esta motivación interna. En el reino de Jesús, no se trata de llevar un uniforme especial y distintivo con franjas y estrellas—no se trata de eso. En

su reino, se trata de tener un corazón especial y distintivo por dentro, que lleve las evidencias del Espíritu Santo.

Una vez más, como dije en mi lección anterior, la vida del reino no se reduce a una lista de deberes y prohibiciones que marcamos como cumplidos. En cambio, la vida del reino es una vida elevada de carácter piadoso que refleja la gloria del rey... como el rey—el Rey Jesús.

2. Las bienaventuranzas forman un retrato perfecto de un pecador nacido de nuevo

En segundo lugar, una observación general sobre estas bienaventuranzas es que las siete bienaventuranzas juntas forman un retrato perfecto de un pecador nacido de nuevo—son siete esbozos. Siete es el número de la perfección, de la plenitud. Las siete declaraciones de Jesús no son simplemente una colección aleatoria en un orden arbitrario. Tal como verás, hay un propósito en el orden en que Jesús las colocó en las bienaventuranzas. Una está conectada e interconectada no solo con la que la precede o la sigue, sino incluso con las que vienen más adelante. Ninguna de ellas puede faltar, y ninguna de ellas faltará en esta nueva creación de un alma nacida de nuevo. Una persona sana y normal tiene pulmones, y corazón, y manos, y pies. Así también, el alma nacida de nuevo posee cada una de estas siete características. Ninguna de estas siete puede faltar.

Sin embargo, tal como con los niños naturales, así también ocurre con los niños espirituales: ninguno nace maduro. Un niño pequeño hace ruido, y a veces mucho ruido, pero no habla. El niño pequeño se mueve, pero no camina. Un niño pequeño confía en su madre y en su padre, pero no puede verbalizarlo. Todo eso forma parte de él. Así que hay niños inmaduros que se desarrollan y crecen hasta convertirse en adultos maduros.

Pues bien, así es también con el pueblo de Cristo nacido de nuevo: ellos poseen todas las características de la nueva vida, pero cada una de ellas comienza de forma inmadura. Cada una comienza de forma pequeña, necesita crecer, y cada una estará creciendo—¿por cuánto tiempo?—durante toda la vida, hacia la perfección que se alcanza finalmente en la glorificación.

3. Las bienaventuranzas tienen una estructura literal hermosa

Ahora, la tercera observación es que las siete bienaventuranzas juntas tienen una estructura muy hermosa. Me gusta comparar estas siete con mi caja torácica. Hay un esternón en el medio, y hay costillas a cada lado. En las bienaventuranzas de Jesús, hay tres costillas a cada lado, y la del medio, la cuarta bienaventuranza, yo la comparo con el esternón. Ese es el corazón del cristiano. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). Algunos han llamado a esta el latido del corazón del verdadero cristiano.

Ahora bien, una cuidadosa examinación de los números uno, dos y tres en comparación con los números cinco, seis y siete, al otro lado del «esternón», por así decirlo, muestra que hay una relación correspondiente entre ellos. Tal es la estructura magistral de estas bienaventuranzas. Las primeras tres—pobreza, llanto, mansedumbre—son actitudes internas; la disposición o el marco de nuestro corazón. Las cinco, seis y siete son, por así decirlo, las expresiones externas de las actitudes del corazón. ¿Puedes verlo? Están relacionadas.

Permíteme ilustrar esta relación interna entre las tres primeras y las tres últimas un poco más a fondo. La primera, «pobres en espíritu»: una vez que uno reconoce su propia pobreza, su propia debilidad (esa es la número uno), será mucho más misericordioso, mucho más compasivo, mucho más comprensivo con los demás (esa es la número cinco). Así que la uno y la cinco están conectadas.

De nuevo, si uno siente su pecado, la culpa por lo que ha hecho, si se duele por ello, por lo que ha hecho contra Dios, y reflexiona sobre eso, y le duele lo que ha hecho, entonces tal persona también será muy sincera de corazón, y tomará el pecado en serio mientras se esfuerza por la santidad—esa es la número seis, «los de limpio corazón». Así que la número dos y la seis están conectadas.

Aquellos que han aprendido todo esto sobre sí mismos llegan a ser mansos—la cualidad de la mansedumbre, ¡qué hermosa cualidad de carácter! Pues bien, tal persona hará todo lo posible por buscar la reconciliación de otros con Dios, y así será un verdadero pacificador. Estará dispuesto a renunciar a sus propios derechos, si es necesario, con tal de ser un pacificador. Entonces vemos que la número tres, «los mansos», y los pacificadores están conectadas. En medio de ellas se encuentra la cuarta; el centro, el corazón.

Así que para concluir estas tres observaciones generales, ¿pueden ver la estructura que el Salvador construyó en estas bienaventuranzas? ¿No es hermoso? Esto no es solo una lista aleatoria. Es una enseñanza cuidadosamente diseñada para transmitir con gran fuerza el punto de quiénes son los ciudadanos del reino.

Tres estructuras generales en las bienaventuranzas

Ahora bien, lo majestuoso de las bienaventuranzas es que entrelazan muchas líneas de verdad juntas. Eso era de esperarse, por supuesto. Basta con observar la naturaleza. El Creador no ha ensamblado la naturaleza al azar. Todo está organizado hasta en los más mínimos detalles. Hay diseño. Hay correlación. Hay interrelación. Aunque ahora, debido al pecado, veamos mucho caos, enfermedad, debilidad y quebranto en la naturaleza que nos rodea, en el fondo de todo eso hay orden. Algo muy similar encontramos aquí, en las palabras del Recreador. La obra de recreación de Dios en la salvación también es ordenada. Hay unidad en ella. Hay estructura en ella.

Así que, en la parte final de esta lección, permítanme resaltar otras tres estructuras que el Maestro por excelencia compila en estas siete breves declaraciones—estructuras que van un poco más allá de las bienaventuranzas, pero que están profundamente entrelazadas con la enseñanza cristiana y con la verdad cristiana. Jesús las integra en estas bienaventuranzas.

1. Las bienaventuranzas nos muestran que la obra de la salvación es trinitaria

La primera es que las bienaventuranzas nos muestran que la obra de la salvación es la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es trinitaria. Los tres están involucrados.

Permíteme ilustrar primero cuál es la parte del Padre en la obra de salvación. Las tres primeras bienaventuranzas reflejan la obra del Padre de atraer pecadores a Cristo, como declara Juan 6 versículo 44: «Ninguno puede venir a mí —dice Jesús— si el Padre que me envió no lo

trajere». Y bien, ¿cómo atrae el Padre? ¿Cómo lleva a alguien a venir a Jesucristo? Lo hace abriendo nuestros ojos a sí mismo (Dios mismo), y por consecuencia, abre nuestros ojos a nosotros mismos. Ahora bien, ¿qué produce este conocimiento? Cuando me comparo con esta grande y majestuosa gloria de Dios y me veo a mí mismo a la luz de ello, este conocimiento trae humildad —la primera bienaventuranza: «pobres en espíritu»—, me hace llorar, me pone triste y me vuelve una persona mansa. Vemos que las tres primeras bienaventuranzas tratan de la obra del Padre.

Ahora bien, la cuarta refleja la reconciliación con el Padre. Una vez más, escuchemos lo que Jesús dice en Juan 6 verso 45, él dice: «Todo aquel —todo hombre— que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí». El Padre se refleja en la cuarta bienaventuranza. El Padre reconcilia al pecador consigo mismo al proveer a su Hijo como la justicia necesaria, y allí es donde llega la cuarta bienaventuranza.

Por último, las bienaventuranzas cinco, seis y siete reflejan el propósito final del Padre en la predestinación. Romanos 8:29 declara que el propósito de la predestinación es este: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo». En otras palabras, seremos hechos partícipes de la gloria divina de Dios al reflejar la naturaleza de su Hijo nuevamente. La teníamos en nuestro estado original, y volveremos a experimentarla en la salvación.

En segundo lugar, la obra de la salvación es también la obra de Jesucristo como Profeta, como Sacerdote y como Rey, y los tres oficios se reflejan aquí. Las tres primeras bienaventuranzas son el fruto de la enseñanza de Jesús como profeta. Al enseñarnos, comenzamos a vernos a nosotros mismos, lo que somos: pobres, pecadores y culpables, y como reflejo de eso, nos volvemos humildes y mansos. Así que esas tres son el resultado de su ministerio profético.

La cuarta apunta al ministerio sacerdotal de Jesús. La obra principal de Jesucristo como sacerdote es proveernos de la justicia que necesitamos para ser aceptados por nuestro Creador. Esa es la cuarta. Ahora, el tercer oficio de Jesús es el de rey. Y las bienaventuranzas cinco, seis y siete son frutos de la obra de Cristo como rey al santificar a su pueblo. El propósito principal de la salvación no es el consuelo; el propósito principal de la salvación es la santidad; la semejanza a Dios, o la piedad.

En tercer lugar, es trinitaria, de modo que ya hemos visto al Padre, hemos visto al Hijo, pero la salvación es también fruto de la obra indispensable del Espíritu Santo. Una vez más, las tres primeras bienaventuranzas son frutos del Espíritu Santo, es decir, la obra iluminadora del Espíritu, su obra de convicción. ¿Y para qué nos prepara esta obra de convicción en nuestro corazón? Para mirar y confiar en el Señor Jesucristo. La meta última del Espíritu es glorificar a Jesús. Así que, Él nos conduce a la cuarta bienaventuranza, en la cual la obra más deleitosa del Espíritu Santo queda ilustrada. Su deleitosa obra es ser el amigo del esposo y reunir al pecador con Jesús, revelar a Jesucristo como el único camino, verdad y vida; como la única esperanza para nosotros, pecadores perdidos y culpables. Como dice uno de los himnos más hermosos: «Nada traigo en mis manos; solo a tu cruz (o a la justicia de Cristo) me aferro».

Las tres últimas bienaventuranzas también ilustran la obra del Espíritu Santo en la santificación.

2. Las bienaventuranzas muestran la naturaleza experiencial de la salvación

Entonces, otra estructura que se ve claramente en las bienaventuranzas es algo relacionado con la naturaleza experiencial de la salvación. Ahora bien, ¿qué se quiere decir, en primer lugar, con “salvación experiencial” o “cristianismo experiencial”? Bueno, permíteme contrastarlo primero. Hay un cristianismo, amigos, que es principalmente histórico, principalmente intelectual: Muchos que se llaman a sí mismos cristianos en el mundo de hoy, que sostienen las doctrinas correctas o las enseñanzas correctas, mientras que no hay evidencia alguna de una transformación de su corazón ni de su vida. Pablo describe, por ejemplo, en 1 Corintios 13, a todos aquellos que hacen todo tipo de cosas y hablan palabras celestiales y hacen milagros divinos, pero sin amor. Eso no es nada, eso no es cristianismo. Así que, tal es un cristianismo “histórico”.

El cristianismo experiencial es cuando el poder de la verdad de Dios se experimenta en el corazón, ya sea como convicción o como humillación, transformando, liberando. Y eso hace algo en nosotros, nos cambia en última instancia. Y ese es el fruto de la obra del Espíritu Santo: al aplicar cada verdad a nuestro corazón, estas se vuelven parte de nosotros, y cambiamos. Podemos cambiar radicalmente. Cambiamos para arrepentimiento del pecado; un volver a una vida dedicada a Dios y a los demás. Y experimentamos la verdad del evangelio como algo que eleva, algo que renueva, que consuela, que nos hace más y más semejantes a Jesucristo. Eso es lo experiencial.

Si volvemos ahora a las bienaventuranzas, verás que esta naturaleza experiencial de la salvación tiene varios aspectos distintos que se reflejan en el alma nacida de nuevo y que se encuentran aquí en las bienaventuranzas; seremos muy conscientes de ellos. Las tres primeras bienaventuranzas —los pobres, los que lloran, los mansos— reflejan el dolor experiencial y la conciencia de nuestro estado de miseria, de nuestra perdición, de nuestra culpa delante de Dios. Sentir mi pobreza y mi culpa obviamente me traerá mansedumbre delante de Dios y de los hombres. Así que, ahí tienes un sentido de miseria.

La cuarta bienaventuranza habla de liberación. Refleja el conocimiento experiencial, el anhelo y deseo de rescate que se encuentra en Jesucristo y en su justicia. Ahora bien, todo pecador aprende que la redención solo viene por medio de ser perfectos, pero nosotros no podemos serlo; la justicia perfecta no está en nosotros. Así que, esto se encuentra en esta cuarta bienaventuranza.

Ahora, en las bienaventuranzas cinco, seis y siete quedan reflejados el deseo experiencial de un corazón agradecido, habiendo sido salvo, habiendo sido redimido, perdonado del pecado y provisto con todo lo que hay en Cristo. Uno desea reflejar eso. Y esa gratitud se expresa mejor en una vida de devoción: siendo misericordiosos, siendo sinceros de corazón, puros de corazón y pacificadores.

3. Las bienaventuranzas concuerdan con los tres requerimientos del evangelio

Por último, una estructura más: las bienaventuranzas apoyan la enseñanza de los tres principales requerimientos del evangelio. Si escuchamos el mensaje del evangelio tal como viene a nosotros en las enseñanzas del reino, el primero es un llamado al arrepentimiento hacia Dios, hay un llamado a la fe en Jesucristo, y, en tercer lugar, hay un llamado a la obediencia de vida.

Arrepentimiento, fe y obediencia. Y estos tres, como verás, están maravillosamente entrelazados en la persona bienaventurada —ya sea hombre o mujer— y en su vida.

Observa una vez más las tres primeras bienaventuranzas: los pobres, los que lloran, los mansos. Es un retrato de un pecador arrepentido. Él o ella se vuelven conscientes de a sí mismos ante los ojos de Dios, y a su necesidad de Jesús. Y ¿qué es el arrepentimiento, amigos? Es conciencia del pecado, es apartarse de esos pecados. Es dolor por el pecado. Es mansedumbre, y es aceptar el justo castigo de Dios por el pecado. Ahora, ahí tienen las tres primeras bienaventuranzas.

La cuarta es un retrato del pecador creyente que abraza la oferta de gracia en Jesucristo. El objeto de la fe es Jesús y su justicia: y allí tenemos la fe, el corazón del creyente.

Ahora bien, las bienaventuranzas cinco, seis y siete son un retrato del creyente obediente que vive la vida de Cristo reflejándolo a Él, amándolo y haciendo sus mandamientos. Así de hermosas son las estructuras que en conjunto retratan las bienaventuranzas.

Tres observaciones generales finales

Ahora, para concluir este estudio, quiero compartir tres observaciones finales más, que son generales respecto a cada una de las bienaventuranzas. De modo que no tenga que repetirlas en cada una de nuestras próximas lecciones.

1. La forma verbal de las bienaventuranzas es presente continuo

Primero, nota que cada bienaventuranza, en el griego, tiene una forma verbal que hoy llamaríamos “tiempo presente con una actividad continua”. En otras palabras, cada bienaventuranza no es solo pasado, ni solo futuro, es presente. No es solo una captura rápida de una etapa particular de mi caminar espiritual. No. Jesús dice que esta es la imagen continua de los discípulos en su reino. Hay una realidad experiencial continua que cada alma nacida de nuevo siente hasta el último aliento de su vida. Así como tengo hambre cuando soy un bebé, tengo hambre cuando soy un anciano. Así como estoy vivo cuando soy un bebé, estoy vivo cuando soy un anciano. Esa es una actividad continua. Así también espiritualmente. Hay aspectos experienciales continuos en la vida espiritual.

Pablo, como gran ejemplo, comparte su consciencia continua del pecado que moraba en él, lo cual lo hacía pobre en espíritu, aunque él era un gigante espiritualmente. Lo hacía llorar continuamente: «¡Miserable de mí!» (Romanos 7:24). Lo hacía manso. Y esa será la experiencia del alma nacida de nuevo. Y por eso Jesús formula cada una de estas bienaventuranzas en ese sentido continuo. Pablo dice que tenía hambre de ser hallado en Cristo, «no teniendo mi propia justicia»; tenía hambre de conocer a Jesucristo «y el poder de su resurrección» (Filipenses 3:9–10), y él dijo eso en una de las últimas cartas que escribió en su vida. Así que su vida ilustra —tal como experimentarán todas las almas vivientes y todos los santos— el deseo, el deseo continuo de estas bienaventuranzas en su vida. Al final de Filipenses 3, Pablo dice que espera con ansias el regreso del Señor Jesús: «el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Filipenses 3:21). Por lo tanto, amigos, el creyente no ha llegado aún a su destino, sino hasta que es traído de la gracia a la gloria.

2. Cada bienaventuranza sigue el patrón «bienaventurados» → descripción → promesa

En segundo lugar, nota que cada bienaventuranza comienza igual —comienza con «bienaventurados»— y luego viene una descripción, y después una promesa. Pero, miremos por un momento ese comienzo: «bienaventurados». La intención de Jesús en estas bienaventuranzas no es solo identificar a los ciudadanos de su reino. No. Él está diciendo: «Bienaventurados son ustedes». Él quería consolarlos en medio de sus pruebas, en medio de sus tropiezos, en medio de sus luchas constantes, en medio de las acusaciones, en medio de sus anhelos profundos. Él quiere consolarlos con sus gloriosas promesas evangélicas: «Bienaventurados son ustedes». Ustedes heredarán un reino. Serán consolados. Serán saciados. Alcanzarán misericordia. Serán llamados hijos de Dios, y serán tratados como hijos suyos. Y por último, al final, verán a Dios, lo cual significa disfrutar de Él en comunión plena para siempre, siempre y siempre.

¡Alabado sea el Señor, hermanos santos! Su jornada en esta vida avanzará de fortaleza en fortaleza, y sí, a través de las aflicciones, a través de los desafíos. Irá de gracia en gracia, en gracia, y finalmente pasará de la gracia a la gloria. «Bienaventurados», tal es un estado continuo en el que el Señor Jesús declara que ustedes se encuentran. Por lo tanto, presten atención a estas afirmaciones añadidas.

3. Las últimas dos bienaventuranzas describen la reacción del mundo hacia el pueblo de Cristo

Ahora bien, al final encontramos dos bienaventuranzas que son ligeramente diferentes. Las siete son seguidas por dos últimas bienaventuranzas. Y ¿qué es diferente entre estas dos últimas y las primeras siete? Las primeras siete describen a la persona en quien Cristo está obrando. Las dos últimas —que en esencia son una sola—, describen la reacción del mundo impío hacia el pueblo de Cristo y, particularmente, hacia la obra de Cristo en su pueblo.

Satanás no está dispuesto a rendirse. Él luchará, así como el reino de las tinieblas, contra todo lo que sea de Cristo y su pueblo, y esta furia de Satanás ahora arderá contra los seguidores de Jesús, ya que no puede alcanzar más a Jesús. Así que prepárate. Jesús dice: entre más semejante a Cristo seas tú, entre más semejante a Cristo sea tu iglesia, más experimentarás los insultos, la persecución, las falsas acusaciones.

El apóstol escribe a Timoteo: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12). Pedro añade a esto, en medio de más persecución: «Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis» (1 Pedro 3:14).

Palabras de cierre

Después de este panorama general de las bienaventuranzas, ahora estamos listos para examinar los detalles de cada una de ellas individualmente. Que Dios bendiga esta enseñanza y que nos haga a todos una bendición los unos para los otros.

Gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».